



## CAPITULO V

---

Noticias contradictorias de la insurrección.—Acuerdos del Gobierno.—Penosa impresión y deplorable efecto en la Península.—Alocución del Alcalde de Sancti-Spiritus á sus administrados.—La primera expedición de tropas á la isla.—Despedida del pueblo de Madrid á los batallones del primer cuerpo que marcharon á Cuba.—Embarque de los batallones peninsulares números 4 y 5, en Barcelona.

---



AS noticias contradictorias que de la isla se recibieron los días 7 y 8 de Marzo acusando, las del general Calleja, la pacificación de la provincia de Santa Clara y el desórden y desmoralización de los rebeldes de Santiago de Cuba por falta de armas, jefes y plan, y asegurando que en la jurisdicción de Manzanillo, donde había más de treinta capitulados de la guerra pasada, sólo dos de los menos significados habían tomado parte en el movimiento, condenándolo los restantes y trabajando activamente por restablecer la paz, mientras los telegramas particulares comunicaban que por todas partes se oían rumores de conspiración y desembarco de armas, y en todos los periódicos se hablaba de los jefes del movimiento, publicando con el mayor cinismo la prensa separatista las biografías de los héroes de la pasada guerra y repartiéndose anuncios que

eran vales de la República Cubana, decidieron al Gobierno á ordenar la inmediata salida de la primera expedición de tropas á la grande Antilla en número de 8.500 hombres; 6.000 de los batallones formados en los siete cuerpos de ejército de la Península, y 2.500 de los destinados á cubrir bajas.

Dispuso también que el crucero *Reina Mercedes* marchara sin pérdida de tiempo á Cuba para auxiliar la acción militar de la campaña.

Acordó así mismo, que sin perder tiempo se organizara otra expedición de 1.500 hombres admitiendo voluntarios, y se anunció al Gobernador general de la isla que tenía á su disposición 10.000 hombres más, y todos cuantos pudieran ser necesarios.

La Compañía Trasatlántica había dispuesto ya sus buques en virtud del compromiso contraído con el Gobierno de llevar con rapidez á Cuba todas las tropas que quisiera, y puso á su disposición para el transporte de la primera expedición, entre otros vapores, el *Alfonso XII*, *Alfonso XIII*, *Cataluña*, *Santander*, *Buenos Aires*, *San Ignacio* y *Baldomero Iglesias*.

Y, finalmente, dispuso el Gobierno que los puntos de embarque fueran los siguientes:

Para el primero y segundo batallones, el puerto de Cádiz; para el tercero, Valencia; para el cuarto y quinto, Barcelona; para el sexto, Santander, y para el séptimo, La Coruña.

\* \* \*

Penosísima fué la impresión que produjo en la Península la noticia de que la partida levantada en Baire, después de haber sido batida con fortuna por el general Garrich en Negros, ascendía á más de 900 hombres, y que en Guantánamo existían cuatro partidas mandadas por

los cabecillas Guillermo Moncada (a) Guillermon, Periquito Pérez, Quintín Banderas y Garzón, y no menos desagradable fué también el rumor que circuló en Bolsa, de haber sido presos en la Habana y conducidos incomunicados á la fortaleza del Morro, varios comerciantes de aquella capital, importadores de efectos de caza y armas, á los cuales se acusaba de haber vendido armamento y municiones á los agentes separatistas.

El deplorable efecto de la primera noticia fué neutralizado un tanto al saberse que Marcos García, jefe de mucho prestigio en la pasada guerra y á la sazón alcalde de Sancti Spíritus, había publicado un bando en el que condenaba el actual movimiento.

La alocución de don Marcos García á los habitantes de su término



UN POTRERO

municipal, con motivo del bando del Gobernador general aplicando la ley de orden público, después de consignar su firme confianza de que sus administrados contribuirían con él al sostenimiento de la paz en su jurisdicción, añadía:

«Y no quiero hablar investido sólo con la autoridad de alcalde de mi ciudad natal, de cuyos vecinos he tenido siempre el respeto unánime y cuyo afecto y confianza he visto tan probados y patentes en

estos últimos días, por lo que es inmensa mi gratitud y plena mi confianza en su cordura y sensatez.

»Yo, como cubano, dirijo mi voz á todos mis compatriotas y especialmente á mis compañeros de la guerra de diez años, para que con firmeza y juicio rechacen todo halago absurdo, todo empeño deliberado de perturbar el país, de promover la guerra, de derramar sangre de hermanos.

»La felicidad de este país ha de conquistarse por la evolución pacífica y constante de las ideas, y éstas han alcanzado un notable triunfo en las Cortes, con la aprobación de un nuevo sistema de administración que, al implantarse, reconoce la personalidad política de Cuba.

»Error funesto es por lo tanto, en estas tan favorables circunstancias, entorpecer el gran paso de concordia, de paz, y sobre todo, de justicia, que acaba de darse en las Cortes de la Nación, á cuya obra patriótica ha concurrido unánimemente el Parlamento.»

. . . . .  
La transcripta, en parte, alocución de la primera autoridad de Sancti Spiritus, fué muy bien recibida por todos los habitantes de aquel término municipal, que con gran confianza y suma lealtad siguieron á su alcalde por el camino de la discreción y la paz, que su buen criterio, recto juicio, y dignidad y honradez les trazara.

\* \* \*

El día 8 de Marzo, poco después de las cinco de la tarde, pasaron por delante del Palacio del Congreso (Madrid) los batallones del primer cuerpo de ejército que iban á Cuba. La carrera habíase fijado por la calle de Alcalá, en cuya ancha y hermosa vía se estableció numeroso público, ansioso de tributar cariñosa despedida á los valientes soldados que

en cumplimiento del sacratísimo deber que les imponía la Madre Patria, partían á defender allende los mares la integridad del territorio y el honor de la bandera nacional; pero en atención á que los diputados manifestaron su deseo de saludar y despedir á las fuerzas, el Ministro de la Guerra dispuso que pasasen por la Carrera de San Gerónimo y plaza de las Cortes.

Abriose de par en par la puerta de las grandes solemnidades del Palacio de la representación nacional, y en la escalinata se colocaron todos los representantes de la Nación que había en la Cámara.

Con los diputados salieron al pórtico el Presidente del Congreso, Marqués de la Vega de Armijo, y los ministros de la Guerra y Hacienda.

La carrera por donde habían de pasar las tropas estaba atestada de gente y la plaza de las Cortes semejaba un mar humano.

A la hora señalada aparecieron los expedicionarios, previamente anunciados por los gritos de los chiquillos encaramados en los árboles y los vivos entusiastas de la multitud que les vitoreaba, y los soldados, con sus trajes de mecánica y sin armas, desfilaron por el estrecho paso que les dejaba la masa humana, replegándose con esa elasticidad de las muchedumbres.

Al desfilar por delante del Congreso, varios diputados dieron vivas á España, al ejército español, á Cuba española, á la integridad de la patria y á los valientes que iban á Cuba á defenderla, que fueron contestados con entusiasmo por el público y por los soldados.

\* \* \*

El propio día 8 de Marzo, á las seis de la mañana, llegó á Barcelona el tren que desde Zaragoza conducía el batallón peninsular núm. 5.

La hora intempestiva y lo desapacible del tiempo contribuyó, sin duda, en gran manera á que no acudiera casi nadie á recibir á las tropas.

Sólo aguardaban el tren, en el andén de la estación férrea, el general Mackena, y el teniente de Estado Mayor señor Despujol, acompañados de una corta comisión de oficiales y soldados de los cuerpos de la guarnición y de la música del regimiento de infantería de Asia.

El batallón se dirigió por los desiertos Paseo de la Aduana y de



TIPOS INSURRECTOS

Isabel, al muelle nuevo de la Riba, (Barceloneta), punto designado para el embarque.

En la carrera sólo se veían algunos grupos de obreros, que se dirigían al trabajo, y que al cruzarse con las tropas, las saludaron con vivas á España y al Ejército español.

Los soldados, que vestían traje de mecánica, con el correaje puesto



PASO DE LAS TROPAS POR LA PLAZA DE LAS CORTES

y la manta arrollada y sin armas, formaron en el muelle á cuatro en fondo con el fin de facilitar el recuento de las fuerzas antes de embarcarse.

Hecho el recuento, y á la media hora próximamente de haber llegado, comenzó el embarque del batallón, utilizándose para el transporte al vapor *Alfonso XIII* que les debía conducir á Cuba, los vapores golondrinas.

La operación llevóse á cabo con el mayor orden y sin incidencia alguna, habiendo empleado en ella una media hora.

Al llegar á bordo del trasatlántico las fuerzas expedicionarias, se sirvió á los soldados y clases un desayuno consistente en galleta y café, y se les distribuyeron por un empleado de la Mayordomía del Ayuntamiento de la ciudad condal, una cantidad en metálico y cigarros.

\*  
\* \*  
\*

Embarcado ya el batallón peninsular número 5 en el *Alfonso XIII*, llegó al muelle, serían las ocho y media de la propia mañana, el batallón peninsular número 4 que se hallaba alojado en los cuarteles de Jaime I. Al frente de este batallón iba la música del regimiento de infantería de Luchana.

A los soldados y clases que formaban el 4.º batallón, se les había repartido en el patio del cuartel, después del toque de diana, el dinero y tabacos con que el Municipio barcelonés había acordado agasajarles.

Serían próximamente las nueve y media cuando terminó el embarque de las tropas y quedaron transportadas y acomodadas á bordo del trasatlántico todas las fuerzas expedicionarias correspondientes al cuarto y quinto cuerpos de ejército de la Península.

Durante el embarque, las músicas de los regimientos de Asia y

Luchana y las charangas de cazadores de Barcelona y Mérida y la banda municipal, situadas en el muelle frente al embarcadero, acompañaron con las harmónicas notas y melódicos sonos de sus instrumentos, las lágrimas y suspiros, los abrazos y apretones de manos de las afligidas madres y contristados padres, y de los conmovidos parientes y emocionados amigos, que acudieron á dar el adios de despedida á los expedicionarios.

La concurrencia que al embarcar el primer batallón había sido escasa, fué aumentando á medida que el astro del día ascendía en su carrera diurna, llegando á ser considerable en el momento de partir el buque.

Sobre la cubierta del *Alfonso XIII*, la animación iba también en *crescendo*, viéndose á varios soldados *armarse* de la indispensable guitarra, amiga fiel é inseparable del soldado español, y lanzar al aire sus acordes mezclados con vivas á España y á la integridad de la patria, á fin de disimular ó impedir la salida de los sofocados suspiros que de sus pechos se escapaban, al pensar en la aflicción y el desconsuelo en que habían quedado sus amantísimos padres y deudos, que desde el muelle ó desde alguna lancha les daban con los ojos preñados de lágrimas el adios de despedida... ¡el último quizás!

A las doce próximamente levó anclas el *Alfonso XIII*, y escoltado por algunos vaporcitos y gran número de lanchas, botes y barquillas, salió fuera de puerto contestando con el ronco son de su sirena á los saludos y vivas con que le despedían los que le escoltaban.

De pié sobre la cubierta, encaramados en las escalas ó de pecho en las bordas del vapor, los soldados agitaban sus gorras y pañuelos y atronaban los aires con vivas á España, que eran contestados por los que les seguían, con otros al Ejército español.

\* \* \*

Hasta que en las lejanías del horizonte perdiése la silueta del vapor, permanecieron en el puerto las familias de los expedicionarios, enviándoles con el pensamiento y el alma asomada á los ojos el último adiós de despedida.

Componían los dos batallones un número total de 1,482 plazas, correspondientes 896 al 4.º batallón y 586 al 5.º

Iban además á bordo del trasatlántico algunos pasajeros que unidos á la dotación del buque formaban un total general de 1,700 personas.

La operación del embarque fué presenciada desde el muelle por el capitán general señor Weyler y los generales D. Joaquín Ahumada duque de Ahumada, Mackena, Castellví, Ribera, Corral y Buega, el auditor don Mariano Gimenez, el comandante de marina señor Warleta y gran número de jefes y oficiales de los cuerpos de esta guarnición, que se hallaban francos de servicio, y las autoridades civiles y eclesiásticas de la capital.

Terminado el embarque, pasaron á bordo del *Alfonso XIII* á despedir á los expedicionarios, el general Weyler con su ayudante señor Pintos, el Gobernador civil señor Larroca y secretario señor Aspiazu, el Obispo de la diócesis doctor Catalá, acompañado del Deán doctor Casas, el Presidente de la Diputación señor Comas y Masferrer, el Alcalde señor Collaso y varios tenientes de alcalde, el general Castellví, el auditor de guerra y el comandante de Marina.

El obispo dirigió la palabra á los expedicionarios infundiendo á todos ánimo para luchar por la causa sagrada de la patria, hablando después familiarmente con los soldados, y haciéndoles preguntas acerca de su país y sus familias.

\* \* \*

Varios fueron los episodios que se desarrollaron en el muelle durante el embarque de las tropas, desgarradores unos, conmovedores todos.

Desde la salida del cuartel de Jaime I del batallón 4.º, un numeroso grupo de gente, en su mayoría mujeres, le escoltó y siguió en su carrera hasta el muelle.

Al hacer alto el batallón frente al embarcadero, vióse á una de aquellas mujeres, pobremente vestida y anciana ya, forcejear para abrirse paso entre la muchedumbre y suplicar con balbuciente voz y lágrimas en los ojos le permitieran llegar hasta las filas para abrazar á su querido hijo.

La multitud cediendo á los ruegos y acento suplicante de la infeliz madre, se contraía para abrirle paso y procuraba ayudarla en su difícil empresa; pero era tal la turbación de la pobre mujer, que al atravesar en alas de su maternal deseo un pequeño espacio ó círculo que la muchedumbre contenida por los guardias había dejado libre, en poco estuvo de ser aplastada por uno de los carros del regimiento.

El jefe de vigilancia advirtió á la desventurada el peligro que corría en su empeño, á cuya advertencia contestóle ésta:

—¿Qué mayor desgracia puede ocurrirme ya después de llevarseme á mi hijo?

. . . . .

Entre les expedicionarios figuraba un soldado, que iba á Cuba en sustitución de un amigo suyo, seminarista.

Como quiera que al hacer el primero su generoso ofrecimiento hubiera transcurrido ya el plazo legal para la admisión de sustitutos, fueron ambos á visitar al señor obispo para exponerle sus deseos.

El digno prelado aplaudiendo el acto de abnegación y sincera amistad, no muy común en estos egoistas tiempos que corremos, les dió una carta de recomendación para el general Weyler, merced á cuya influencia arreglóse el asunto á gusto y satisfacción de los dos amigos.

Cuando el doctor Catalá recorría el vapor Alfonso XIII despidiendo á los expedicionarios, acercósele un soldado á besarle el anillo pastoral, y reconociendo en él al sustituto del seminarista, le bendijo y felicitó por su generosa acción.

No menos digna de encomio y alabanza fué la acción llevada á cabo, en aras también de la amistad y del cariño, por otro soldado llamado Marcelino Iso. Este noble y generoso amigo iba á Cuba en sustitución de un compañero suyo de armas, natural de esta ciudad, cuya madre y hermana hallábanse enfermas en el hospital de Santa Cruz.

Compadeciéndose Marcelino de la tristísima situación en que quedaría la angustiada familia de su amigo, se alistó en sustitución de su compañero, á quien habíale sido fatal la suerte, sin advertirle ni decirle nada respecto á sus propósitos hasta después de haberlos realizado.

Los soldados expedicionarios del 4.º batallón peninsular llevaban en su mayoría colgado del cuello escapularios y medallas de la Virgen del Pilar, regalados por sus novias ó puestos como amuleto por mano de sus padres y hermanos.

—¿Es el retrato de tu novia lo que pende de ese cordón que llevas al cuello?—preguntaron á uno.

—No: es el retrato de mi madre—contestó el soldado á cuyos ojos asomó una lágrima, que se esforzó en contener, para que no resbalara por su megilla y pudiese ser interpretada como signo de pusilanimidad de ánimo.

Otros muchos y á cual más conmovedores episodios, por nosotros presenciados, podríamos narrar á nuestros lectores, pero el temor de pecar de prolijos y distraer demasiado su atención fatigándole, del asunto principal, contiene nuestra pluma y nos obliga á reanudar nuestro interrumpido relato histórico de la campaña, haciendo punto final á este capítulo para continuarlo en el siguiente.